

La historia de Mario, vecino del barrio Guadalupe

Amparo Díaz Uribe

Periodista, miembro de Medios para la Paz

Lograr sentarnos a conversar no fue fácil. Jovencitos en estado de agitación permanente entraban y salían con teléfonos portátiles. Sin embargo, una luz brillante que se desprendía de un cielo azul intenso invadía el segundo piso de esta casa aún a medio construir incrustada en las cimas del barrio Guadalupe de Medellín. Mario empezó a contar.

Nosotros conformamos las Milicias Metropolitanas por las necesidades que tenían estos barrios. Aquí había mucho ladrón y uno no podía salir porque le robaban los zapatos en la esquina. Hasta había que hablar bajitico para no llamar la atención de los pillos que llegaban, hacían tiros y maltrataban a todo el que quisieran. Recuerdo que una vez un señor todo borracho le dijo a uno de ellos "regáleme un tiro", y lo que hizo el tipo fue darle un tiro, pero en la cabeza.

En esos días éramos muy niños, pero también éramos los más afectados porque los bandidos monopolizaban a los pelaos. Yo tenía 11 años, y todos los que nos conformamos en milicias vivíamos en el mismo barrio. Al principio nos juntamos con las Milicias del Vallé de Aburrá que manejaba Lucho. Luego, como uno cien pelados decidimos formar las Milicias Metropolitanas. Para ayudar a mantenernos teníamos una panadería, hacíamos reciclaje y varios de nosotros trabajábamos. Pero el trabajo miliciano era muy duro pues siendo, muy niños habíamos tomado la decisión de unos adultos y nos tocaba ir a los expendios de droga para que dejaran de vender por la zona. Al principio nuestras armas eran muy poquitas, pá qué lo vamos a negar, sólo eran tres: una que prestó un señor, otra que compramos y otra que "recuperamos".

En esa guerra con los pillos a muchos nos tocó irnos de las casas. Yo, por ejemplo, tuve que salir a los 13 años. Alquilábamos casas, hoy aquí, pasado mañana allá. Siempre nos tocaba así. Mire entonces cómo la vida se nos fue dañando tan tremendamente.

Pero pienso que nosotros organizamos las milicias como una defensa. Y a pesar de que aportamos con tantos muertos, de todas maneras uno piensa que antes eran muchos más los muertos que ahora; antes mataban a un padre de familia para quitarle el mercado; ahora el que se muere es porque algo hizo.

¿Qué cuál era nuestro objetivo? Ah, muy simple: que se acabara el monopolio que tenían las bandas, porque la cosa era tenaz. Si usted tenía una grabadora tenía que esconderla para que no se la quitaran, se vivía con zozobra y uno no podía pararse en la puerta de su casa. Imagínese, por lo menos

cada ocho días había un muerto por aquí.

Diez años estuve en esa guerra.

De pronto hubo un alboroto y apresuradamente subieron la escalera el muchacho armado de la Cooperativa de Seguridad y un niño de unos 10 años que en medio de un llanto al punto de desatarse miraba aterrado a su "captor": "Mario, éste andaba viendo cómo se robaba algo en la tienda de la vuelta". Con infinita parsimonia Mario interrumpió nuestra conversación y en tono firme y suave le dijo al muchachito: "Que sea la última vez que te veamos en esas. ¡Ponete a estudiar! Y ahora te vas a poner a lavar los carros que tenemos allí abajo". Más tranquilo, el niño y el exmiliciano bajaron a cumplir la orden. Nosotros continuamos, pero esta vez con el tema de la paz.

Cuando empezó el proceso de paz con las Milicias del Pueblo y para el Pueblo, Pablo¹, monseñor Henao y el padre del barrio Guadalupe comenzaron a hablarnos de la posibilidad de entregar las armas. Tuvimos varias reuniones, nos llamaron, nos fueron interesando. Cuando nos acercamos al proceso impactamos mucho a todo el mundo porque éramos los más sardinos. Pablo nos dio un trato tan bueno que nos dio más confianza y pensamos que sí, que ése era el camino aunque claro que se dieron muchas discusiones aquí.

Los demás grupos no se acercaron a esto porque no entendían qué sucedía. Pero ha sido importante porque sentimos que estamos colocando un grano de arena para la paz y ahora hasta los mismos delincuentes se han acercado a trabajar con nosotros. Es que fijese que antes los niños se acercaban a uno-y le decían "yo quiero ser miliciano". Pero ese no es el hecho y por eso ahora, después de firmar la paz, trabajamos con la comunidad. ¿Y sabe? En estos días sembramos guayacanes amarillos con los pelaos; fue bonito. Es que eso es fácil porque en los barrios populares no es sino hacer un chocolate y ya hay fiesta.

¹ Carlos Hermán Correrá, alias Pablo, fue comandante de las Milicias del Pueblo y para el Pueblo y líder indiscutible de la zona nororiental. Él guió por parte de las milicias los diálogos de paz con el Gobierno del presidente César Gaviria que terminaron en la firma de un acuerdo a partir del cual las Milicias que él dirigía, así como las del Valle de Aburrá y las Milicias Metropolitanas dejaron las armas y conformaron una Cooperativa de Seguridad, Coosercom, que al pretender convertirse en la principal autoridad en los barrios de la Comuna terminó cometiendo desmanes y delitos. En 1997, Coosercom fue disuelta tras la muerte y caída en prisión de muchos exmilicianos, entre ellos el mismo Pablo quien fue asesinado un par de meses después de la firma del acuerdo a manos de sus antiguos compañeros, al parecer, en medio de una lucha por el poder. De hecho, la mayoría de las muertes ocasionadas entre los jóvenes exmilicianos están relacionadas con problemas entre ellos mismos.

Con su cuerpo tan menudo no deja de impresionarme el dominio que tiene sobre sus "pelados", pero sobre todo su inmenso nerviosismo. Sin embargo, tenerlo aquí sentado contando su vida contrasta inmensamente con el sigilo con que llegó a mi encuentro. No es de extrañar, pues al conflicto entre los exmilicianos que deja varios muertos regados tan sólo al paso de un rumor, se suman las luchas entre los exmilicianos y los pillos que fácilmente los ubican con sus uniformes de Coosercom, y las insidiosas peleas por el poder. El mismo Mario había sido objeto de un atentado pocas semanas antes. Por eso, en medio de sus palabras y gestos reposados, tal vez demasiado reposados para su edad, era difícil no mirar esa cabeza rapada como resultado de las balas que allí quisieron alojarse, "Desde este proceso de paz he perdido más de 10 kilos", explicó.

Hoy me siento muy orgulloso. Es que al vivir en esta zona para mí es de verdad un orgullo haber llegado a los 21 años que tengo hoy. Y eso que antes pasar de los 18 años era una hazaña tremenda, porque la mayoría de amiguitos míos están muertos. Hum, es que a veces ni uno mismo se cree que pasó los 18. Cuando ese día llega uno se dice "uff, ¡ya llegué!" Y uno cree entonces que ya tiene mucha experiencia por todas las cosas que ha vivido, aunque por la calle todavía le dicen a uno que es muy joven para estar en ésto. Pero es que cuando uno está desde tan pequeño en medio de las armas, uno se daña. Por un parte, como joven son muchas las cosas que se pierden porque se vive en círculo chiquito y en la angustia de que la Policía lo va a sacar a uno de la casa. Es siempre una zozobra y se vive escondido. No se puede salir a bailar, ni ir a un cine, ni jugar fútbol. Sí, muchas cosas de la vida se dañan.

Del gobierno le puedo decir que sí, que ha cumplido, pero la verdad es que violencia genera violencia y por eso la Cooperativa no es la solución. La pelea por manejarla es muy grande y no se puede estar tranquilo. Tal vez la salida esté en que nosotros como personas seamos capaces de sostenernos nosotros mismos, de tener una familia, de vivir y trabajar como cualquier persona. Eso que parece tan simple, tan normal es lo que nosotros quisiéramos. Pienso que aquí siempre ha hecho falta acercarse al joven para entenderlo. Yo, que tengo jóvenes a mi mando, a veces dialogo con ellos y la mayoría dice "qué bueno poder vivir tranquilo". Pero a los que vienen nunca les importa conocer lo que nosotros sentimos y además nos engañan. Fíjese por ejemplo en esa quebrada que baja por ahí. Desde que era niño todos saben que debe canalizarse y por eso desde que era niño a este barrio llegan los políticos siempre a decir que lo van a hacer. ¡Siempre!. Y nada, ahí está. Ahora, como nosotros

La historia de Mario, vecino del barrio Guadalupe

no la podemos canalizar, por lo menos no dejamos que boten basuras para que no se llene de ratas, bichos o infecciones.

Por eso le decía que es importante que nos pregunten lo que sentimos, y no que digan "uyy, ese es un miliciano y debe ser más bravo que un chucho" ¿Sabe por qué? Porque el pelao que oye eso, así tenga mucho miedo en su interior, va a decir que sí, que es un lobo. Pero mentiras, porque si el día de mañana uno le dice al pelao "oiga, usted no está para que se muera aquí", seguro él cambia. Yo lo sé. Pero como le decía, aquí viene mucha gente y nos habla. Vienen en sus conferencias abiertas, para todos. Pero no preguntan qué pensamos como personas, como Mario, como Winston. Siempre los que vienen llegan con sus propias ideas y no a preguntar las que tiene aquí la gente, ni lo que se necesita. Aquí queremos son personas que miren, sientan y piensen igual que un joven. Eso es lo que necesitamos para que puedan ayudarnos porque además, ni siquiera es mucho lo que pedimos.

Mire, yo tengo un hijo, y quisiera que él trabajara en una empresa, como cualquiera. Es que uno se daña tanto la vida aquí que yo me pregunto a veces qué no diera por no ser la persona que soy, un jefe miliciano, y por no tener toda esta problemática que tengo encima. Me gustaría trabajar en una empresa y vivir con la mamá de mi hijo que no está de acuerdo con lo que hago. Qué le hace que me ganara un mínimo, o hasta menos; pero que tuviera tranquilidad, que pudiera subirme a un bus para ir al trabajo y no sentir que me van a matar en cualquier esquina. También me gustaría ser como mi papá, que ha sido una persona luchadora sin problemas con nadie. Y sé que muchos muchachos de ésta o de otras organizaciones quisieran tener esa vida.

Por eso cuando pienso en la paz creo que para mí es que no existieran las armas. Cada vez que se me muere un compañero siento que no debían existir y que nosotros en vez de llevar armas tendríamos es que trabajar para desarmar a más y más personas. No sé, tal vez podrían cambiarse armas por microempresas. Y sé que muchos lo harían porque la mayoría de los jóvenes piensan tener armas es para ser alguien o ingresar a algo.

Tuvimos que interrumpir la entrevista cuando dos muchachos llegaron con una información al parecer urgente y peligrosa. Así lo entendí porque a Mario de inmediato se le crisparon varias de esas venas que ya eran tan visibles. Como un gato, pareció tomar posición de defensa. Nos despedimos y quedamos de vernos al día siguiente. Así fue, pero se trata de la última vez. Hoy está preso, él también, acusado de la muerte de varios de sus antiguos compañeros. ¡Qué tristeza!